

El oficio de docente en las novelas de Pérez Galdós

The teacher labour in the novels of Pérez Galdós

Ana-María Montero-Pedrerera

Universidad de Sevilla

pedrerera@us.es

DOI: 10.17398/1988-8430.25.35

Recibido el 22 de octubre de 2015

Aprobado el 30 de junio de 2016

Resumen: Este artículo analiza el oficio de docente en las novelas contemporáneas de Pérez Galdós. En ellas describe innumerables temas y personajes, entre ellos los maestros y maestras, con los que ejemplifica diversos tipos humanos con características bien definidas. Se ha usado el método histórico-educativo para el estudio y en los modelos hallados hay docentes bondadosos, con reminiscencias krausistas, como Máximo Manso en *El amigo Manso*; ramplones y faltos de vocación como José Ido en *Tormento*. Sublimes maestras como Atenaida, en *La razón de la sinrazón*; o doña Lupe, avara e impostora, en *Fortunata y Jacinta*. Pero, hemos hallado valores en el Magisterio; noble profesión, maltratada tradicionalmente por la sociedad y por los poderes públicos.

Palabras clave: docentes; modelos; novelas; Galdós; literatura española

Abstract: This article discusses the teaching profession in Pérez Galdós' contemporary novels. It describes many topics and characters, including teachers, with who exemplifies various human types with defined characteristics. The historical-educational method is been used for the analysis. In the models found there are caring teachers, with Krausists reminiscences as Máximo Manso in *El amigo Manso*; Simple and with a lack of vocation as José Ido in *Torment*. Sublime teachers as Atenaida, in *La razón de la sinrazón*; or Dona Lupe, greedy and impostor, in *Fortunata y Jacinta*. But we have in the Magisterium values; noble profession, traditionally mistreated by society and by the government.

Keywords: teacher; models; novels; Galdós; Spanish Literature.

1.- Propósitos previos

Mucho se puede hablar sobre Galdós como insigne y popular escritor, como miembro de la Real Academia Española, que llegó a estar propuesto para el Premio Nobel en 1912, 1913 y 1915. Incluso se puede analizar su trayectoria como político, pero no es nuestro caso. Sus obras constituyen un espejo de la sociedad del siglo XIX y a lo largo de toda su bibliografía encontramos personajes, que se desarrollan en ambientes muy diferentes, pero que describe con profusión de detalles. Algo usual en otros autores, que, como él, están dentro de la corriente realista.

Y en la variedad de temas que trata, el de la educación no le es ajeno, ya que en sus años de formación universitaria en Madrid tuvo como profesor a Fernando de Castro y amistad con el fundador de la Institución Libre de Enseñanza, Francisco Giner de los Ríos, que le alentó a escribir y le hizo sentir curiosidad por el krausismo, filosofía que se percibe en sus primeros escritos. La intención pedagógica a lo largo de todas sus obras es evidente, siempre tiene presente la finalidad didáctica y al principio de los *Episodios Nacionales* indica que escribe “para enseñar a los españoles su historia” (Casalduero, 1951:74). En base a esto, nos atrevemos a plantear un análisis histórico-educativo, por ese componente didáctico, destinado a influir en la vida social y política española, por su talante ético que le conduce a ser Diputado en el gobierno de Sagasta y su comprometida militancia política en 1909 como defensa de la alianza republicano-socialista, junto a Pablo Iglesias (González, Ledesma y Belenguer, 1993).

La educación es un tema transversal en toda su producción, representándola en muchas ocasiones en personajes que carecen de

ella, entendida en su sentido lato. En los *Episodios Nacionales* nos muestra caracterizaciones de maestros en Patricio Sarmiento en *El terror de 1824*, o en don Paco personaje destacado de *Bailen y Cádiz*.

Sin embargo, vamos a centrarnos en sus novelas contemporáneas y en ellas la educación también es un tema frecuente en varios relatos del autor y son muchos párrafos de su obra en los que describe docentes o alumnos, escuelas, castigos o métodos de enseñanza. En su conjunto heterogéneo de personajes, los maestros son parte importante, pero los hay bondadosos, con reminiscencias krausistas, como Máximo Manso en *El amigo Manso*; ramplones y faltos de vocación como José Ido del Sagrario y el sacerdote Pedro Polo en *Tormento*, o el trastornado reformador de la Instrucción Pública Jesús Delgado en *El Doctor Centeno*. Existen abundantes estudios desde todas las ópticas: desde la del análisis literario, histórico, sociológico... y también algunos desde el punto de vista pedagógico. Obviamente conocemos los más lejanos en el tiempo, como los de Cruz Leal (1990), Escobar (1980) o Rodríguez (1980), donde la educación es un asunto colateral; o los del siglo XXI, como los de Ezpeleta (2001 y 2009), Varela Cabezas (2005) o Martínez-Otero (2013) todos ellos son, a nuestro entender estudios parciales y muy concretos, pero no por ello de poca importancia.

En este trabajo pretendemos analizar modelos de maestros y maestras presentados por este escritor en sus novelas contemporáneas, publicadas desde 1883. Se trata de hacer un estudio para aquilatar sus características intelectuales, morales y humanas y establecer las relaciones y las influencias que presentan con la sociedad y el momento en que se escriben. Organizamos la exposición en tres apartados, dada la cantidad de obras que hemos consultado y para intentar sistematizar los datos: comenzamos hablando de las cualidades del oficio; en segundo lugar, de las labores del maestro; y, por último, citamos algunos perfiles de los docentes más significativos de la obra galdosiana. Los ejemplos

están sacados de sus textos; descritos directamente por el autor, en su oficio de narrador, o por alguno de los múltiples personajes que él crea.

2.- El docente en las novelas contemporáneas de Galdós

Galdós hace alusión al tema educativo, ya lo hemos mencionado, y nos llama la atención que en *El Doctor Centeno*, titula el primer capítulo “Introducción a la Pedagogía” y, el segundo, “Pedagogía”; al hacer esta lectura de tantos aspectos pedagógicos nos hemos dado cuenta de que con sus contenidos se puede escribir una Historia de la Educación en el último tercio del siglo XIX y en las dos primeras décadas del XX. Es testigo excepcional de su época, escribe de todo: del problema educativo en España, de los maestros, de los alumnos, de metodología, organización escolar, material didáctico, etc. Cualquiera de los temas podría tener suficiente entidad para exponerlo; sería atractivo hablar de la infancia en general, de los escolares, de sus juegos y travesuras; pero nos decantamos por los docentes, por la presencia constante que tienen.

Para el autor canario el personaje literario del educador es un símbolo cargado de intencionalidad teórica y “en sus primeras novelas, el caldo de cultivo krausista permite la fácil inserción del tipo literario docente” (Ezpeleta, 2009: 303), el maestro de escuela, ayo o pasante de colegio tiene un importante papel en las novelas de Galdós y lo consigue siendo ejemplo de una tipificación absolutamente invariable, como nos indica Rodríguez (1980: 347). Sin ser protagonistas representan un importante papel en el desarrollo de las obras en las que aparecen.

Los maestros galdosianos son siempre caracteres débiles hasta la inutilidad; e imprácticos, imprácticos hasta lo patológico. En cierto modo, son fiel reflejo de los seres a quienes enseñan y con quienes, al parecer, se les identifica: seres de alma pueril. A

pesar de ello, Galdós tuvo un alto concepto del oficio de maestro y, por regla general, en alta estima a las personas que lo ejercieron. Fruto de esa estima es la dedicatoria en *La Desheredada*: “A los maestros de escuela”; porque, según él, “eran o debían ser los verdaderos médicos de las dolencias sociales nacidas de la falta de nutrición y del poco uso que se viene haciendo de los beneficios reconstituyentes llamados Aritmética, Moral y Sentido Común” (Pérez Galdós, 1983: 7).

Estas dos obras y *El amigo Manso* están consideradas como novelas pedagógicas por Fernández Montesinos (1980), porque plantean críticas a la educación del momento. En estos años de la Restauración, Albareda era ministro de Instrucción Pública en el Gobierno de Sagasta, además fue el impulsor del Congreso Nacional Pedagógico de 1882, donde se presentaron muchas propuestas, por el anhelo de transformación educativa, que se reflejan en *El Doctor Centeno*, publicada en 1883 (Martínez-Otero, 2013).

Las maestras se ven representadas en “novelas que se interpelan entre sí por medio de intertextualidades harto evidentes” según nos indica Ezpeleta (2001: 244). Atenaida, sublime maestra en *La razón de la sinrazón; Pascuala* (Cintia), en *El caballero encantado*; Leré en *Ángel Guerra*; Irene, maestra de Isabelita y Jesusita, sobrinas de Máximo Manso, en *El amigo Manso*; la Madre Angustias, que amarga la vida de Clara, sobrina de Elías Coletilla, en *La Fontana de oro* o doña Lupe, avara e impostora, en *Fortunata y Jacinta*, que tomaba a su servicio a niñas para educarlas y amoldarlas a su gusto y costumbres. Todas ellas muestran papeles de mujeres fuertes que presentan un ejemplo de guías, madres o maestras.

La escuela que se analiza en estas novelas es la del último cuarto de siglo XIX, en un entorno rural, olvidada de autoridades, donde los docentes vivían en una permanente penuria, siempre pendiente de las decisiones del cacique de turno y donde la

vocación hacia la enseñanza, era poco menos que un sacerdocio. Los sueldos, que abonaban los ayuntamientos, al igual que el abono de la casa-habitación, siempre se retrasaban. En este contexto, solo con una fuerte voluntad se emprendían innovaciones pedagógicas. Empero, esta panorámica siempre tiene en Galdós una intención de censura al desarrollo del sistema escolar del momento, en el que la Ley Moyano jerarquiza todo su funcionamiento, haciendo que el tedio sufrido en las lúgubres escuelas fuese un elemento constante en esa escena cotidiana.

3.- Atributos y cualidades del oficio de maestro

A lo largo de las novelas galdosianas encontramos personajes caracterizados con unas cualidades claramente definidas que analizamos:

Humildad: En *Fortunata y Jacinta*, Ido del Sagrario le dijo a Maxi Rubí (esposo de Fortunata) que él era “profesor de primeras letras en las escuelas católicas”. Maximiliano “discurrió que no estaba en armonía la humildad del empleo con el saber y la destreza dialéctica que aquel individuo mostraba” (Pérez Galdós, 1985: 421). *Nazarín* se expresa con rotundidad: “mis apariencias humildes no significan ignorancia de la fe que profeso, ni de la doctrina que puedo enseñar a quien lo necesite” (Pérez Galdós, 2000: 163). A pesar de que a Galdós se le califica de anticlerical, son abundantes sus referencias a la Iglesia, a los sacerdotes o a la educación católica, como en este pasaje. Su actitud hacia la tolerancia religiosa es una exigencia requerida por los tiempos y por una verdadera conciencia cristiana (Rodríguez López-Brea, 2006).

En *Ángel Guerra*, Leré, maestra de Ción, hija del protagonista, expresa: “Yo nací para la servidumbre, para el cansancio, para oscurecerme, y no ser nunca nadie...” (Galdós, 1970: 140). En la misma obra, Juan Casado, amigo de Ángel

Guerra, invita a hablar a Leré; ella, humildemente responde: "... cómo quiere que yo hable delante de dos personas de tantísimo talento? Déjenme oír y callar y aprender, que mucho aprende quien poco sabe" (Pérez Galdós, 1970: 662). ¿Acaso no son las dos buenas muestras de humildad?

Oficio nobilísimo: La labor de enseñar siempre ha sido considerada como humilde pero, al mismo tiempo, noble y de gran trascendencia. En *El caballero encantado* le preguntan al maestro, don Alquiborontifosio, si pertenece al gremio de la Justicia: "Yo no soy de la Justicia; soy de más abajo; pertenezco a la última fermentación de la podredumbre del reino" pero "enseñando a la infancia, allanamos el suelo para cimentar la paz, la ilustración y la justicia" (Pérez Galdós, 1987: 318). Y como nobilísimo oficio califica también Galdós el que Pedro Polo tenía que realizar en su escuela, donde recibieran "instrucción cristiana y yugo social los muchachos más díscolos" (Pérez Galdós, 2010: 48).

Oficio menguado: En *Tormento* el maestro, Ido del Sagrario, expone que había cambiado "aquel menguado trabajo por otro más honroso y lucrativo" (Pérez Galdós, 1968: 9). Había comenzado sus labores como escribiente, lo que sin duda le produciría mayores ingresos que la docencia.

Oficio paciente. De nuevo en *Nazarín*, la "Chanfa", una mujer del pueblo, comenta acerca del protagonista: "... para maestro de escuela está cortado, por aquello de la paciencia y el no comer..." (Pérez Galdós, 2000: 44).

Oficio de pobres. Pobres pero honrados, la maestra Irene, de *El amigo Manso* tenía mucho aplomo, un sensato juicio, bien hacer y siempre en perfecto estado de compostura y aseo. El narrador menciona: "Su honrada pobreza le obligaba a esto", y añade, más adelante "Qué mejor escuela para llegar a la perfección" (Pérez Galdós, 1994: 79). En *El caballero encantado*, a Cintia le habían concedido una escuela de párvulos en Calatañazor (Soria); Bartolo,

uno de los personajes de la obra, le dice a Tarsis (el caballero encantado): "... el pueblo es horrible, pobre, pero... Cintia se conforma, esperando mejorar la localidad. Los tíos se quedan en Soria, muy contentos de que la niña cobre del procomún unas migajas de sueldo, que suponen cocido flaco y sopas..." (Pérez Galdós, 1987: 285-286).

Oficio de miseria. En *Las novelas de Torquemada*, doña Lupe comenta: "...la Aritmética... en manos de maestros de escuela y de pasantes que siempre tiran a la miseria" (Pérez Galdós, 1998: 82).

Oficio de hambre. Paciencia, humildad y pobreza han sido en el pasado virtudes por necesidad del maestro y quedan fielmente reflejadas por Galdós en sus obras. Ya hemos visto que Nazarín estaba "cortado para maestro"; también hemos relatado las migajas que percibiría la maestra de Calatañazor. Ahora veamos algunos casos más, relacionados con el tema del hambre. En *Fortunata y Jacinta*, Ido del SAGRARIO le comenta a Juanito Santa Cruz: "En este País... no se protegen las letras. Yo he sido profesor de primera enseñanza... tengo que dedicarme a correr publicaciones para llevar un pedazo de pan a mis hijos..." (Pérez Galdós, 1985: 299). En la misma obra, Juanito, a su madre y a su esposa Jacinta, exclama: "Tengo más hambre que un maestro de escuela" (Pérez Galdós, 1985: 293), frase que, como todos sabemos, ha llegado hasta nuestros días y que reflejaba una triste realidad del Magisterio, oficio de pobreza, de miseria e incluso de hambre en muchos casos. Galdós estaba plasmando una evidencia: ejercer de maestro equivalía a estar desheredado por la sociedad.

Oficio vocacional. Tradicionalmente se ha comparado el oficio de maestro con el de sacerdote; en ambos casos, si no se tiene vocación, difícilmente se puede ejercer con garantía de éxito. En *El caballero encantado*, Cintia, dice que el pueblo era horrible, allí se consideraba prisionera y mártir, su único consuelo eran las pobres criaturas y termina con una bonita frase: "las quiero y ellas

me quieren a mí... He descubierto que sirvo para educar niños” (Pérez Galdós, 1987: 287). La falta de vocación ha sido el mayor defecto, tanto en el sacerdocio como en el magisterio. El ejemplo claro también lo vemos en *El doctor Centeno*, el narrador comenta acerca del sacerdote-maestro Pedro Polo: “le fingieron una vocación que no tenía (de sacerdote)” (Pérez Galdós, 2012: 45), y sería también un detestable maestro, por idéntico motivo.

Oficio de amor. Oficio de amor y entrega a los niños. Lo hemos visto en el caso anterior, el de Cintia. Otro ejemplo claro de amor lo vemos en *Ángel Guerra*; el protagonista le dice, a la maestra de su hija, Leré: “Ción y tú formáis una unidad indivisible. Ni la niña puede vivir sin ti, ni tú sin ella” (Pérez Galdós, 1970: 140).

Oficio ingrato y penoso. Muy duro es el trabajo de enseñar para aquel que no tiene inclinación, por eso lo dejamos en último lugar. Ya hemos mencionado el caso de Pedro Polo; pues bien, de este señor leemos en *El doctor Centeno*, que “fatigaba su memoria sin recrear su entendimiento”, aprendiendo por la noche lo que había de enseñar al día siguiente, por lo que le resultaba un “trabajo ingrato y penoso” (Pérez Galdós, 2012: 49).

4.- Labores del maestro

Puesto que de trabajos hablamos, veamos ahora las diferentes labores de los docentes o, mejor dicho, los distintos matices que apreciamos en las obras de Pérez Galdós referidas a la labor del maestro.

Maestro = pastor. En *El abuelo*, el conde de Albrit le dice al maestro de sus nietas, Pío Coronado: “Ya que no es usted su maestro, porque ellas no aprenden, lo mandan a usted a que sea su pastor. Pues para pastorear este rebaño me basto y me sobro señor Coronado” (Pérez Galdós, 1988: 118).

Y don Alquiborontifosio consideraba su oficio de maestro como notabilísimo. Su vida estaba “consagrada a la más alta función del reino”; sus más de cincuenta años de magisterio habían sido como los del pastor, pero un pastor especial, no sólo se trataba de cuidar de ellos como si fuesen ovejas, sino de “disponer a los niños para que pasen de animalitos a personas... y aún más a personajes” (Pérez Galdós, 1987: 316).

Maestro = domesticador. En *La loca de la casa* a la institutriz Victoria se le considera como “aprendiz de maestra angélica”; su experiencia era corta y los niños le habían perdido el respeto. Gabriela, madre de las criaturas, le dice a Victoria: “...a ver, domesticame a esos serafines diabólicos” (Pérez Galdós, 2002: 574).

Maestro = domador. En la introducción de la obra *Fortunata y Jacinta* podemos leer: “A Fortunata se le quiere domar...” (Pérez Galdós, 1985: 66). Juanito Santa Cruz describe a Fortunata, ante su esposa Jacinta, como “... un animalito muy mono, una salvaje que no sabía leer ni escribir” (Pérez Galdós, 1985: 205); Fortunata necesita que la domestiquen, se concibe la educación como doma, capaz de reformar e integrar en la sociedad a los rebeldes.

En este mismo contexto, en el de domador, podemos colocar la opinión de José Ido del Sagrario, para quien el oficio de maestro consistía en “trocar las bestias en hombres” (Pérez Galdós, 1985: 299). Lo dice cuando ya había abandonado el oficio de maestro y se dedicaba a escribir novelas por entregas.

En *La razón de la sinrazón*, el doctor Arimán (el diablo) comenta acerca de la maestra: “En su nueva colocación, a Atenaida, no le faltará trabajo. Domar señoritas huérfanas de madre; pulimentar sus entendimientos; prepararlas para el matrimonio...” (Pérez Galdós, 2002: 347).

Maestro = desasnador. El marqués del Castañar, en *Cassandra*, cuando pidió en matrimonio a su esposa, comenta: "... pusieronla maestros para desasnarla, pues era tan borrica como hermosa", y continúa: "Yo pondré a mis hijas un contra maestro para que me las aborrique y me las deseduque del fárrago insustancial que han aprendido" (Pérez Galdós, 2003: 160). En este último caso continúa la dura crítica a la enseñanza oficial.

Maestro = desbravador de chicos. En *Tormento*, Galdós vuelve a relatar las andanzas de Ido del Sagrario, que veíamos en *Fortunata* y *Jacinta*. Le cuenta a su amigo Rafael –Aristóteles: "... yo no soy desbravador de chicos, ya no me ocupo en trocar las bestias en hombres, que es lo mismo que fabricar ingratos..." (Pérez Galdós, 1968: 9). Recordemos que había cambiado la enseñanza por otro oficio más lucrativo. Una vez más en *Tormento* aparece esta denominación, pero referida a otro maestro que también conocemos: Pedro Polo. Pregunta el narrador: "¿Qué fue de su escuela famosa donde eran desbravados todos los chicos de aquel barrio?" (Pérez Galdós, 1968: 85).

Maestro = labrador. En *El amigo Manso* doña Javiera pretende que el protagonista, Máximo Manso, se encargue de la educación de su hijo y le dice: "El chico... es de la piel de Satanás... ni a martillazos entra en aquella cabeza un mal pensamiento... Parece que hay en él mucho de perfecto caballero; pero este caballero hay que labrarlo..." (Pérez Galdós, 1994: 23).

Maestro = filósofo. El conde de Albrit, en *El abuelo*, le da al maestro, don Pío, la categoría de filósofo, cuando le pregunta: ¿Qué harás si te dan a escoger entre el honor y el amor? Sollozando contesta: "Escojo el amor..., el amor mío, porque el amor ajeno lo desconozco" (Pérez Galdós, 1988: 252). La vida no había tratado muy bien, según Galdós, al desdichado tutor.

Maestro = místico. El profesor Manso indica: “... no es verdadero maestro el que no se hace querer de sus alumnos, ni hay enseñanza posible sin la bendita amistad, que es el mayor conductor de ideas entre hombre y hombre” (Pérez Galdós, 1994: 27). Sin lugar a dudas la ideología de Pérez Galdós, con respecto a la enseñanza, estaba en consonancia con las ideas que manifiestan sus personajes de doña Javiera y Máximo Manso. No olvidemos que nuestro autor había bebido en las fuentes del krausismo y, por ello, era partidario del análisis, la experimentación y, en el trato con los niños, de desterrar lo más posible el uso de castigos y en su lugar poner amor, mucho amor, amistad, diálogo y compañerismo. El amor y la amistad no deben estar reñidos con la severidad, en el oficio de maestro. Lo expresa muy bien, en la obra *Amor y ciencia*, quien pone en boca de Paulina, en su diálogo con el marqués, la siguiente frase: “Has sido después para mí como un maestro, que sabe poner en una sola lección la severidad y el cariño. A ti te debo la paz, la alegría... Me has enseñado a conocer el orden y saborear la virtud...” (Pérez Galdós, 2006: 602).

No consideramos necesario añadir nada más en este punto de las labores del maestro. Que buen programa para un docente: enseñar con severidad y con cariño y conseguir en el aula paz, alegría, orden y virtud. En *Halma*, el sacerdote Manuel Flórez comenta: “... es místico el maestro de escuela que, muerto de hambre, enseña a leer a los niños...” (Pérez Galdós, 2001: 145).

Maestro = amigo y compañero. En *El amigo Manso* recordemos que doña Javiera pretendía que Manso educara a su hijo; esta madre preocupada por la educación le comenta que su hijo necesita un profesor “que sea maestro, sea un buen amigo, un compañero que, a la chita callando y de sorpresa, le vaya metiendo en la cabeza las buenas ideas...” (Pérez Galdós, 1983: 23-24).

5.- Perfiles de maestros y maestras

A lo largo de la lectura de las obras galdosianas nos hemos encontrado un elevado número de docentes:

- Pío Coronado, maestro de las nietas del conde de Albrit, en *El Abuelo*.

- Pedro Polo y José Ido del Sagrario, maestro y pasante de la escuela donde se educa Felipe Centeno, en *El Doctor Centeno* y en *Tormento*.

- Pajón, maestro pasante también, en *La razón de la sinrazón*.

- Celedonio, dómine–maestro de Paquito Ramos “Posturitas” y Luisito Cadalso *Miau*, en la novela de este último nombre.

- Fray Alonso de Rebolledo, antes soldado que fraile, en *Santa Juana de Castilla*, enseñaba a Sanchico a manejar las armas en lugar del latín.

- Máximo Manso educa a Manuel, hijo de doña Javiera, en *El Amigo Manso*.

- Don Alquiborontifosio, en *El caballero encantado*.

- Modesto Díaz, educador de un sinfín de sobrinos, en *Halma*.

- *Nazarín*, gran educador de masas, con la palabra y con el ejemplo.

También es significativo el número de maestras:

- Lorenza (Leré), maestra de Ción, hija de Ángel Guerra, en *Ángel Guerra*.

- Irene, maestra de Isabelita y Jesusita, sobrinas de Máximo Manso, en *El amigo Manso*.

- La Madre Angustias es la que amarga la vida de Clara, sobrina de Elías Coletilla, en *La Fontana de oro*.

- Atenaida, sublime maestra en *La razón de la sinrazón*.

- Pascuala (Cintia), en *El caballero encantado*.

- Doña Lupe, avara e impostora, en *Fortunata y Jacinta* tomaba a su servicio a niñas para “educarlas y amoldarlas a su gusto y costumbres”.

Nos limitaremos a mencionar un ligero perfil de los más significativos.

5.1.- Ejemplos de algunos y algunas docentes

Como muestra presentamos tres maestros y tres maestras, somos conscientes de la cantidad y variedad de los que aparecen en las novelas, pero hacemos esta selección pensando en que son los más significativos.

Pío Coronado

Galdós hace una descripción pormenorizada del anciano maestro de las niñas, la descripción casi alcanza lo que pudiéramos llamar un retrato, en el que resalta su aspecto físico “... de estatura menguada, muy tieso de busto y cuello y algo dobladito por la cintura; las piernas muy cortas. La expresión bonachona...Un rastrojo de bigote de varios colores, recortado como un cepillo...” La pulcritud de su atuendo, a pesar de la precariedad de sus trajes “Viste con pobreza limpia anticuadas ropas, recompuestas y vueltas del revés, atento siempre al decoro de la presencia en público” (Pérez Galdós, 1988: 93).

También nos indica su aspecto psicológico: “Su defecto era la flojera del carácter y la tolerancia excesiva con la niñez escolar” (Pérez Galdós, 1988: 93). Y, como no, su trayectoria docente: “Maestro de escuela jubilado, desempeñó con eficacia su ministerio durante treinta años, distinguiéndose, además, como profesor privado de materias de la primera y segunda enseñanza” (Pérez Galdós, 1988: 93).

La opinión que de don Pío tenían diferentes personajes, los que más relación tenían con él, nos ayudan a tener una mejor comprensión de su figura y del trato exquisito que le da Galdós. El cura resalta su bondad: “Este Coronado es la pura manteca” (Pérez Galdós, 1988: 100). El conde es quizá el personaje que más relación tiene con él y entre las muchas frases que dedica: “Es un cordero, un santo cordero... ¿No le veis esa cara? ... Dios le hizo santo, y su familia le ha hecho mártir “. Y Nelly, una de sus alumnas, dirá sobre él: “es un alma de Dios” (Pérez Galdós, 1988: 118).

El novelista nos hace percibir la imagen de un maestro, tal vez no ideal pero si muy real; es posible que el autor plasmara en este personaje lo que viera en algún docente de su época, con mayor o menor idealización.

José Ido del Sagrario

Era pasante en la escuela del sacerdote-maestro Pedro Polo. En *El doctor Centeno* encontramos amplias referencias de ambos. Del primero nos indica el autor que era “hombre aplicadísimo a su deber...con una de esas vidas de abnegación y sacrificio heroicamente consagradas a la infancia. Era el mártir oscuro y sin fama de la instrucción” (Pérez Galdós, 2012: 29). A continuación hace alusión a los políticos, hombres de negocios, médicos, poetas, juriconsultos, etc., que ha colocado en el camino de la instrucción, “al poner una pluma en vuestra mano torpe y al administraros el bautismo de tinta, iniciándoos en la religión de la escritura, os dio diploma y título de cristianos civilizados...” (Pérez Galdós, 2012: 44).

Este pasante tenía otras características: “probo, trabajador, honrado como los ángeles, inocente como los serafines, esclavo, mártir, héroe, santo, apóstol, pescador de hombres” Don Pedro le trataba delante de los chicos con frialdad y sequedad; y cuando estaban solos le abrumaba a cortesánías y piropos como éste: “es

usted más tonto que el cerato simple, dicho con desenfado y sin mala voluntad” (Pérez Galdós, 2010: 51).

Pedro Polo

Hemos analizado al pasante antes que al titular de la escuela; tal vez pueda parecer falta de consideración pero, viendo la trayectoria profesional de uno y otro, no lo entendemos así. Ido del Sagrario sentía la escuela, amaba los niños y, por tanto, reunía condiciones para destacarlo como maestro; Pedro Polo, era un oportunista, sin vocación y sin merecer figurar al frente de una escuela. Es un estereotipo de maestro de escuela ignorante y con deficiencias psíquicas, aunque con cierta intencionalidad política ((Ezpeleta, 2001). Huérfano de padre, recae sobre él la responsabilidad de sacar adelante a su madre y hermana; se hace sacerdote y, después de llevar una triste vida, llena de incomodidades y pobreza, consigue la capellanía de las monjas mercedarias calzadas de San Fernando en Madrid. Las religiosas le sugieren poner una escuela y, a partir de entonces, comienza su éxito económico y profesional. Su labor docente no era especialmente encomiable, ni por su dedicación ni por su personalidad, a través de la lectura observamos que no enseñaba nada, lo que hacía era introducir en la mollera de sus alumnos cantidad de fórmulas, definiciones, reglas, “que quedaban dentro indigeridas y fosilizadas... El temperamento de Pedro Polo era sanguinario, tirando a bilioso... hostigado de grandes ansias, ambicioso y emprendedor... genio violentísimo” (Pérez Galdós, 2010: 49-50). Y el autor no se queda en esta caracterización, sino que describe en él una crueldad “que era convicción y su barbarie fruto áspero, pero madurísimo, de la conciencia. No era un maestro severo, sino un honrado vándalo...” (Pérez Galdós, 2010: 53).

Estos párrafos son de tal de tal contundencia, que se explican solo. Don Pedro era además serio y ceñudo, con cara de juez inexorable y “aquella expresión de patíbulo, tenía humoradas, eran éstas ferozmente irónicas, verdaderas caricias de puñal, como

los epigramas de Shakespeare...” (Pérez Galdós, 2010: 61). Añadimos una última frase que nos permite conocer mejor al personaje de Pedro Polo, en su oficio de maestro: “Su carácter normal: pacífico y tierno con la familia, alegre y cariñoso con todos menos con los alumnos” (Pérez Galdós, 2010: 73).

Pedro Polo traspasa a otras novelas, en *Tormento* el narrador pregunta por su escuela famosa, por sus relaciones eclesiásticas y civiles. Se encumbró en la enseñanza pero en menos de un año todo desapareció; la pronta caída no se debió a lo que popularmente se denomina mala suerte, sino a las asperezas del carácter, a su soberbia, a sus desbocadas pasiones, absolutamente incompatibles con su estado religioso. Así empezó el desprestigio de la escuela, semanalmente disminuía el número de alumnos, ya que los padres “alarmados por los malos tratos... los retiraban de la clase, poniéndolos en otra de procedimientos más benignos” (Pérez Galdós, 1968: 85).

Existe un fuerte contraste en la descripción de los primeros educadores mencionados – don Pío y don Ido-, todo candor, dulzura, bonhomía,...; con la dedicada a Pedro Polo: ansioso, violento, ambicioso, cruel con los niños, etc. De forma simple podríamos pensar que se debe al carácter anticlerical de Galdós; pero no creemos que se ensañase con este personaje por el mero hecho de pertenecer al clero. El motivo fundamental es que crea en su personaje la caricatura de todo aquello con lo que estaba en desacuerdo:

- El engaño en su ministerio sacerdotal, por falta de vocación;
- Su dedicación a la enseñanza, faltándole igualmente ese requisito vocacional;
- La aplicación de un método de enseñanza inadecuado, formado por el “sermoneo”, estudio de las lecciones, falto de observación y experimentación de los alumnos, etc.;

- La aplicación de duros y múltiples castigos a los niños para conseguir la disciplina y el aprendizaje;
- También, por supuesto, tratarse de enseñanza religiosa, ya que el novelista prefería la laica;
- Igualmente era partidario del aprendizaje no reglado, sin tanto orden, libros de texto ni nada que limitara la imaginación del alumno. Pedro Polo era para Galdós la antítesis de lo que para él debía ser un buen maestro.

Leré (Lorenza)

Leré es la maestra de Ción, hija de *Ángel Guerra*. Comenzamos el conocimiento del personaje viendo la opinión que manifiesta el señor Guerra: “Reconoció en la maestra de Ción un espíritu recto y prodigiosamente equilibrado, en quien el sentimiento y el juicio obraban con la ponderación más perfecta” (Pérez Galdós, 1970: 127).

En otro apartado Ángel Guerra le dice a Leré: “No creas... que me disgusta notar en ti esa firmeza de convicciones, esa fe ardiente, ciega... capaz de llevarse tras sí las montañas” (Pérez Galdós, 1970: 132). Este comentario surge como consecuencia de que Ción era muy imaginativa y contaba muchas mentiras; el padre no condenaba esta actitud por considerar que reprimiría sus facultades imaginativas; Leré, por el contrario, sí combatía esta mala costumbre de su alumna. Podemos sacar de aquí una conclusión: creemos que Galdós se sentía bastante identificado con Ángel Guerra; pues bien, tanto al autor como al personaje los vemos comprensivos, nada radicales, dispuestos a aceptar siempre las ideas de los demás, aunque fueran contrarias.

Un último fragmento simpático y esclarecedor; cuando Guerra bromea con Leré y le dice que le tiene que buscar novio, comenta: “... mucho ha de valer para igualarte; pero verás cómo lo encuentras...” (Pérez Galdós, 1970: 151).

Sainz de Robles (2003: 179), cuando escribe acerca de los personajes galdosianos los define como tipos extraordinarios: “Leré... deliciosa criatura que se sintió desde joven llamada por Dios a la profesión religiosa, y que, impasible a toda clase de tentaciones, alegre y dulce, clara y angelical, logró la conversión del complejísimo Ángel Guerra”.

Efectivamente, sabemos que la institutriz de Ción fue la causa fundamental en la transformación del protagonista: primero, enloqueciéndole de amor, sin mediar voluntad alguna por parte de ella; después, convirtiéndole en un fervoroso cristiano cuando él había sido agnóstico y decidido revolucionario.

Irene

La maestra Irene es un personaje que encontramos en *El amigo Manso*. Veamos su descripción: “Su estatura airosa, su vestido humilde, pero aseadísimo, revelando en todo la virtud del arreglo... Claramente se mostraba en ella el noble tipo de la pobreza, llevada con valentía y hasta con cariño” (Pérez Galdós, 1994: 52). Continúa alabándola por sus virtudes: “La discreción, mesura, recato y laboriosidad de la joven maestra enamoraban a Lica que... echaba mil bendiciones por haber traído a su casa alhaja tan bella y de tal valor” (Pérez Galdós, 1994: 568).

Es más adelante, cuanto más y mejor se describe a Irene. Físicamente era “pálida como en su niñez, de buen talle, muy esbelta, delgada de cintura... proporcionadísima en todos sus contornos, admirable de forma... Sin ser belleza de primer orden, agradaba probablemente a cuantos la veían” (Pérez Galdós, 1994: 72). Además se comenta el estilo que se manifestaba en los modales, en el lenguaje y en el vestir: “el traje de Irene era correcto de moda y sin afectación, de una sencillez y limpieza que triunfaría de la crítica más rebuscada”. Expresa también como cuidaba su aspecto externo, dedicando las horas libres de la noche en arreglar

sus cosas y en reparar sus vestidos, “de aquí que su persona se mantuviera siempre en aquel estado de compostura y aseo. ... Su honrada pobreza le obligaba a esto, y en verdad, ¿Qué mejor escuela para llegar a la perfección?” (Pérez Galdós, 1994: 72).

Con respecto a sus cualidades psíquicas Irene poseía “la serenidad y temple del ánimo... conciencia pura... rectitud de sus principios morales... sensato juicio... su exacto golpe de vista para apreciar las cosas de la vida... Su aplomo declaraba su naturaleza superior, compuesta a maravillosos equilibrios”. En cuanto a sus habilidades como maestra podemos citar el delicado tacto tratando a los niños, a pesar de que eran revoltosos nunca los castigaba ya que “la persuasión, la paciencia, la dulzura eran frutos naturales de aquella alma privilegiada” (Pérez Galdós, 1994: 79).

Atenaida

En *La razón de la sinrazón* Galdós nos presenta a este personaje singular. En diversos fragmentos de diálogos entre Atenaida, el doctor Arimán (demonio) y la bruja Celeste se califica a esta maestra como laboriosa, virtuosa, ejemplar, trabajadora que “hasta en los momentos soporíferos del tren aprovecha para instruirse” (Pérez Galdós, 2002: 347) . Sin presumir de sabia, lo es; “se acuesta con los libros y dormida se sube a zancajear por lo que llamamos el éter de la cosmogonía sublime” (Pérez Galdós, 2002: 350). Como en otros personajes, también se presentan características físicas como bien parecida y afable.

Interesante es también el comentario de Basilio, un criado de alumnas: “No sé cómo os aguanta vuestra maestra, la dulce Atenaida, la gran filósofa, astróloga, nigromántica. No sé; yo no entiendo de eso...” (Pérez Galdós, 2002: 352). Y en otro párrafo nos encontramos con las materias que enseña a las niñas del hipócrita político Dióscoro, de la utópica ciudad donde transcurre la historia: Filosofía, Arte Culinario, Corte y Costura, Dibujo, Aritmética, Historia, Física, Economía, Política, Música y

Coreografía. Un currículum completo, a pesar de que sus frívolas alumnas “no aprenderán más que la culinaria y el baile” (Pérez Galdós, 2002: 357).

En otro fragmento el demonio hace de ella el siguiente resumen: “es una conciencia purísima... Completa su aparente perfección con el hábito de un trabajo constante, sin perder hora ni minuto” (Pérez Galdós, 2002: 263-264). Prueba de su constancia es la prosperidad de su escuela que alcanzó 300 estudiantes, que se aplicaban aprendiendo la Aritmética, Nociones de Física, Historia Natural, Geografía y todo cuanto era preciso. Creo que Galdós sintetiza en esta maestra su idea de docente ejemplar; vuelca en ella su ideología adquirida del krausismo. Las alumnas de Atenaida aprendían mediante juegos, nada de castigos, mucha observación y experimentación, etc. No insistimos mucho en este tema, porque ya veíamos algo igual, al hablar de los maestros.

6.- A modo de reflexión final

No nos engañemos y nos dejemos llevar con las lisonjas; el estrato social de las maestras, como el de sus compañeros varones, por lo general era bajo y, difícilmente se les perdonaba ese origen. En *Fortunata y Jacinta* nos presenta un claro ejemplo: Jacinta protege, viste y educa a Adoración –hija del pueblo- para hacer de ella una maestrilla o institutriz ¿Se trata de un diminutivo despectivo? Por desgracia y con frecuencia todos lo hemos oído decir varias veces. Estaba claro que se les permitía ascender, pero sólo lo justo, para continuar sirviendo a la alta sociedad y sin salir de su clase. A través de este recorrido, a vuela pluma, por las obras de este insigne canario, entresacamos los valores de la labor del Magisterio; noble profesión, maltratada tradicionalmente por la sociedad y por los poderes públicos, que, en unos casos son ejemplos de profesionalidad y en otros todo lo contrario. Evidentemente, todo ello lo deja Galdós bien reflejado en sus obras.

Referencias bibliográficas

- Casaldüero, J. (1951). *Vida y obra de Galdós*. Madrid: Gredos.
- Cruz Leal, P. I. (1990). El problema de la educación en *El Amigo Manso*. En *IV Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, V.1* (págs. 623-629). Gran Canaria: Cabildo Insular.
- Escobar, M. P. (1980). Galdós y la educación de la mujer. En *II Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Tomo II*, (págs. 165-182). Gran Canaria: Cabildo Insular.
- Ezpeleta, F. (2001). Sobre maestros y maestras en la novela del último Galdós. En *VII Congreso Internacional de Estudios Galdosianos* (págs. 241-253). Gran Canaria: Cabildo Insular.
- Ezpeleta, F. (2009). El Personaje Maestro de escuela como víctima política en la novela de Galdós: el caso de Patricio Sarmiento. En *IX Congreso Internacional de Estudios Galdosianos* (págs. 303-311). Gran Canaria: Cabildo Insular.
- Fernández Montesinos, J. (1980). *Galdós, Vol. 1*. Madrid: Castalia.
- González, M. L.C., Ledesma, M. y Belenguer, E. (1993). Una visión panorámica de la educación en la España galdosiana (1845-1923). En *IV Congreso galdosiano, V.2*, (págs. 331-350). Gran Canaria: Cabildo Insular.
- Martínez-Otero, V. (2013). Don Pedro Polo: siniestra figura docente en la obra de Pérez Galdós. *Contextos*, 29, 117-121.
- Pérez Galdós, B. (1968). *Tormento*. Madrid: Alianza.
- Pérez Galdós, B. (1970). *Ángel Guerra*. Madrid: Hernando.
- Pérez Galdós, B. (1983). *La desheredada*. Madrid: Alianza.
- Pérez Galdós, B. (1985). *Fortunata y Jacinta*. Madrid: Cátedra.
- Pérez Galdós, B. (1987). *El caballero encantado*. Madrid: Cátedra.
- Pérez Galdós, B. (1988). *El abuelo*. Madrid: Alianza.
- Pérez Galdós, B. (1994). *El amigo Manso*. Madrid: Alianza.
- Pérez Galdós, B. (1998). *Las novelas de Torquemada*. Madrid: Alianza.
- Pérez Galdós, B. (2000). *Nazarín*. Madrid: Libsa.
- Pérez Galdós, B. (2001). *Halma*. Madrid: Rueda,

- Pérez Galdós, B. (2002). *La loca de la casa, La razón de la sinrazón*. Madrid: Rueda.
- Pérez Galdós, B. (2003). *Casandra*. Madrid: Rueda.
- Pérez Galdós, B. (2006). *Amor y ciencia*. Gran Canaria: Museo Galdós.
- Pérez Galdós, B. (2012). *El Doctor Centeno*. Madrid: Alianza.
- Rodríguez, A. (1980). Aspectos de un tipo galdosiano: el maestro de escuela, ayo o pasante. En *II Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, V.2* (págs. 341-359). Gran Canaria: Cabildo Insular.
- Rodríguez López-Brea, C. M (2006). Galdós, un cristiano heterodoxo. En C. Arencibia y A. Bahamonde (coord.). *Galdós en su tiempo, V.1* (págs. 135-164). Santa Cruz de Tenerife: Parlamento de Canarias.
- Sainz de Robles, F. C. (2003). *Introducción de las Obras completas de Benito Pérez Galdós*. Madrid: Aguilar.
- Varela Cabezas, R. (2005). La educación en el Doctor Centeno. *Bulletin of Spanish Studies*, 82, (6), 773-792.